



UST
UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS

LA NOVEDAD DEL **PAPA FRANCISCO** *La alegría del Evangelio*

V
Jornada de
Católicos
y Vida
Pública

CONCEPCIÓN 2014

CATOLICOS Y VIDA PÚBLICA (Concepción – Ma.14.X.14)

Conferencia inaugural

Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*

ALEGRÍA DEL EVANGELIO, MEMORIA Y PERIFERIAS

Saludos / Agradecimientos

La fascinación que produce el Papa Francisco entre cristianos y también no cristianos, va acompañada en algunas personas, todos los sabemos y palpamos, de una cierta nota de desconcierto, que se acentúa en la medida que esas mismas personas se adscriben a códigos mayormente tradicionales.

¿Significa esto acaso, o es esto un cierto signo, de que el Papa Francisco se distancia del camino seguido por sus antecesores y que de algún modo se aleja de la tradición? Personalmente nunca me ha parecido así.

Los medios, mundialmente, se empeñan, está a la vista, en darnos esa impresión. Es la conocida dualidad advertida por Benedicto XVI respecto del Concilio: la “hermenéutica de la *ruptura*”, que intencionadamente se procura contraponer a la “hermenéutica de la *reforma en la continuidad*”.

Recuerdo haber escrito, en el editorial del número de revista Humanitas que saludó la reciente elección del Papa Francisco, en marzo de 2013, que en este primer Papa latinoamericano, de talante conocidamente misionero, América latina se reencontraría, en los oídos de su alma, precisamente con el lenguaje que la evangelizó. En efecto, en la voz del Padre Bergoglio, era bien previsible, se auscultarían –y así ha sucedido- los ecos de los padres Pedro Claver, José de Anchieta, Ruiz de Montoya; de los misioneros del Guayrá en Paraguay, de Chiquitos en Bolivia, de California en el norte y de Chiloé en el sur; de los que evangelizaron y murieron por la fe en Canadá y Brasil, Nahuelhuapi y Elicura; por no decir la de nuestro Alberto Hurtado Cruchaga, todos grandes apóstoles de la familia religiosa fundada por San Ignacio, que proveyeron su ADN a este continente.

Que un hecho de estas características suponga algunas acentuaciones distintas, es perfectamente posible. Que implique una ruptura, en ningún caso se ve la razón.

En una reciente entrevista, Pedro Morandé explicaba cómo ya en tiempos del Papa Pio XII, vistos los efectos devastadores de las dos Guerras mundiales, sobre Europa principalmente, el Pontífice entonces reinante procuró en seguida ampliar el Sacro Colegio cardenalicio a otros continentes, primero que todo América y Asia. De entonces, justamente, es el nombramiento de nuestro primer cardenal, José María Caro Rodríguez. Transcurrían luego dos décadas, y conocíamos la primera elección, en muchos siglos, de un Papa no italiano, proveniente de la nación que más sufriera los efectos de la tragedia europea: Polonia. Su sucesor y también más estrecho colaborador, había luego de venir de la nación más comprometida en la deflagración de aquellas catástrofes: Alemania. Siempre en profunda línea de continuidad con el Concilio Vaticano II -que trajo las respuestas del Espíritu para ese mundo distinto que nacía de la post guerra- con énfasis y estilos siempre diferentes, llegamos, año y medio atrás, a la renuncia de Benedicto XVI, hecho inédito en los siglos modernos, que en cierto modo cierra un ciclo histórico. En su secuela, un Papa no europeo, con un estilo no europeo, es algo hoy también perfectamente explicable.

Tenemos así una manera de mirar las cosas. Pero hay también varias otras. Me detengo en una, tomando en préstamo al Presidente del Senado de Italia, Pietro Grasso, algunas observaciones formuladas en relación Papa Francisco al presentar un reciente

volumen con sus últimas meditaciones en Casa Santa Marta. Nos sirven para contextualizar las aparentes paradojas.

¿Qué cabe decir de ese estilo que golpea, entusiasma y desconcierta, y que usa a diario Papa Francisco?

Lo primero a considerar es que al Papa le gustan las frases coordinadas, incisivas, esenciales. Recurre rara vez, en ocasiones públicas, a las oraciones subordinadas, a la complejidad y a la oscuridad del lenguaje. Siente la urgencia de comunicar, de ser comprendido, de conmover a su auditorio. No obstante, dicha simplicidad del lenguaje nunca es simplicidad de razonamiento: siempre llega a lo esencial de las cuestiones, en profundidad. Pero según un método muy típico de esos padres, misioneros de la Compañía de Jesús, antecesores suyos en la evangelización de nuestro continente, cuyos nombres antes mencionaba: lo hace llevando lo profundo a la superficie y lo ofrece a quienquiera desee escuchar sus palabras.

La segunda consideración tiene relación con el uso de símbolos e imágenes. El Papa habla teniendo al frente un horizonte amplio, y sabe que es fundamental lograr llegar a todos. El imaginario de nuestro tiempo, no es misterio para nadie, es de carácter visual: de consuno con este motivo, el Papa Francisco rescata la modalidad del lenguaje de Jesús -las parábolas- y con palabras sencillas crea imágenes de increíble poder simbólico. Por dar unos ejemplos: la Iglesia vista como “una ambulancia después de una batalla” o “las periferias existenciales” a las cuales se refiere continuamente, como por ejemplo en la homilía del 16 de mayo de 2013, al contraponer el fervor de San Pablo, con los “cristianos de salón”, otra imagen sumamente fuerte. Así también cuando dijo a los nuevos miembros del colegio cardenalicio en el consistorio de febrero pasado: “Recuerden que los cardenales no entran a una corte”, invitándolos a “rechazar intrigas, habladurías, ataduras, favoritismos y preferencias”. O en la Misa Crismal de la primera Semana Santa que presidió como Pontífice romano, cuando pidió a los sacerdotes de su diócesis ser “pastores con el olor a oveja, pastores en medio de la propia grey”.

Para no cansar con muchos ejemplos más que se podrían citar, cierro esta referencia con dos imágenes especialmente incisivas: durante el *Angelus*, hace algunos meses, el Papa invitó a los que poseen bienes a poner parte de sus riquezas al servicio de los demás, compartiéndolas en un gesto de solidaridad mediante el cual se vislumbra la Providencia de Dios, porque “llevamos al cielo sólo aquello que hemos compartido”, citando lo que a él le decía siempre su abuela (una personalidad también de referencia): “i sudari non anno saquetti” = “el sudario no tiene bolsillos”. La otra, tal vez una de las más sonadas, fue cuando visitó Lampedusa, en el sur de Italia, lugar donde se experimenta como en ningún otro la tragedia de los emigrantes que huyen de África hacia Europa, dejando tantas veces sus vidas en las aguas del Mediterráneo: tronó fuerte ahí contra “la cultura del bienestar, (...) que conduce a la indiferencia con los demás, más bien a la *globalización* de la indiferencia”.

La tercera consideración tiene relación con la elección de los temas. Claramente, en las homilías el Papa habla de la fe, de Dios, del Evangelio; pero señala de manera evidente algunos temas de gran actualidad: belleza y bondad, verdad y justicia. En el plano de las imágenes interesantes que habría en tal sentido que rescatar, está su apreciación tan original como gráfica y alentadora de la realidad *global* en que estamos cada vez más inmersos. Se refiere y distingue, habrán quizá reparado, a la *globalización* entendida como *esfera* versus la *globalización* entendida como *poliedro*. La primera, la de la *esfera*, iguala todo, quiebra las virtualidades culturales propias, afea, impone el artificio tecnológico, despersonaliza por ejemplo las ciudades creando, donde había *lugares*, su contraparte, ámbitos que podrían decirse “no lugares”; la segunda en cambio, la del *poliedro*, respeta la diferencia cultural, enriquece según el principio tan antiguo como católico de la “unidad en la variedad”, potenciando la belleza y la verdad, que no se implantan como uniformidades totalitarias.

Reparemos por fin, y para terminar esta parte de nuestra reflexión, en la corporeidad del mensaje del Papa Francisco. Hasta ahora, los mensajes habían sido sobre todo textuales, oficiales, llegaban mediante cartas y encíclicas. También hoy, por supuesto, están presentes estos instrumentos, pero la comunicación del Papa Francisco es en gran medida corpórea: es un Papa que toca a la gente, que se deja tocar, que acaricia, que se acerca al interlocutor y lo abraza. Todos sus gestos son de gran apertura y gran acogida; también de gran riesgo, por decirlo bien claro (y podemos imaginar que la Gendarmería se siente a menudo en apuros). Ante las grandes masas, parece conseguir dirigirse a cada persona; en los encuentros más

informales, interroga a su interlocutor, estimulándolo a tener un diálogo con él. Por otra parte, él mismo dice que siempre ha “necesitado una comunidad” y “vivir su vida junto con los demás”. De esta necesidad da testimonio el hecho de que, por ejemplo, en las audiencias papales, las catequesis duran unos veinte minutos, pero luego él permanece con su pueblo durante una hora. Algo similar podría decirse observando la institucionalización de las misas matutinas en Santa Marta, donde transcurren unas lecciones y unos contactos completamente personales, de su estilo, siempre de amplia llegada.

El horizonte cultural de nuestro tiempo

Hemos dicho hasta aquí algo sobre el cautivante estilo personal del Papa Francisco quien -más allá de algunos juicios “ilustrados” promovidos por personas en las que en todo lo que sale de un esquema subjetivo preconcebido hay motivos de desconfianza, que a veces son el biombo tras el cual se esconden resistencias más hondas o complejas- hemos dicho algo de él, repito, que personifica una genuina ALEGRIA DEL EVANGELIO. Su Exhortación Apostólica, que lleva precisamente ese nombre, resulta en todas sus líneas de un profundo testimonio personal en tal sentido.

Ahora bien, ¿quiere decir que esa esperanza indoblegable que nace de la alegría del Evangelio, ese optimismo contagiante que es la emoción propia de la esperanza, es ciega o carente de objetividad frente a lo que no cesa de preocuparnos en nuestro tiempo?

También es este, otro tópico que deslizan interesadamente algunos medios y que contrasta con la lectura y escucha atenta de lo que en realidad nos advierte el Papa Francisco.

Veamos algo de ello.

Pocas semanas atrás, el 27 de septiembre, se conmemoraban los 200 años de la restauración de la Compañía de Jesús, suprimida en el siglo XVIII, por acción “de los enemigos de la Iglesia” (*Juan Pablo II, mensaje al Padre Kolvenbach, 31.VII.90*), hecho que trajo devastadoras consecuencias para la cultura cristiana, también en Chile y en toda Iberoamérica. Al recordar esos tiempos aciagos y de gran probación, el Papa Francisco, dirigiéndose a sus hermanos dice: “Jamás la aparente tranquilidad colma nuestro corazón, sino

la verdadera paz que es don de Dios. No se debe buscar nunca la «componenda» fácil ni poner en práctica fáciles «irenismos». Solo el discernimiento nos salva del verdadero desarraigo, de la verdadera «supresión» del corazón, que es el egoísmo, la mundanidad, la pérdida de nuestro horizonte, de nuestra esperanza, que es Jesús, que es solo Jesús”. Y agrega: “La nave de la Compañía fue sacudida por las olas, y esto no debe maravillarnos. También la barca de Pedro puede ser sacudida hoy. La noche y el poder de las tinieblas están siempre cerca”.

¿Qué sentido puede tener esto para el hombre de hoy, “la permanente cercanía del poder de las tinieblas”?

No ha dejado de señalarse varias veces, por observadores que lo enjuician desde distintos ángulos (hasta incluso muy contrapuestos), cuánto el Papa Francisco advierte sobre la acción perversa del “padre de las tinieblas”, el demonio o Satanás. En efecto, la palabra ‘demonio’ parecía casi haber desaparecido del lenguaje eclesial de las últimas décadas, en línea con el famoso aforismo de Charles Baudelaire: *La mayor astucia del demonio es hacernos creer que no existe*. El Papa Francisco, por el contrario, la ha vuelto a plantear con fuerza, denunciando -como ya lo hacía en los ejercicios espirituales predicados siendo cardenal- “que Satanás es un ser real, cuyo único objetivo es actuar contra el hombre para arrebatarse almas a Dios y para llevarlas al infierno”.

Lo señaló en su primera misa, luego del conclave que lo eligiera, dirigiéndose a los cardenales en la Capilla Sixtina. Poco tiempo después, apelando a la necesidad de protección ante los espíritus diabólicos, en relación con los muy ingratos hechos que agitaron internamente los muros del Vaticano, pronunció una ferviente oración de consagración de la Santa Sede a San Miguel Arcángel, el jefe de las milicias angélicas en la bíblica batalla contra los demonios, pronunciando, el Papa, palabras de liberación y de gran impacto (“*En la oración pedimos – a San Miguel- que nos defienda del maligno y que lo arroje fuera del Vaticano*”, dijo). Fue el día de esa consagración que erigió también, en los jardines del Vaticano, una estatua- imagen del Arcángel.

Dicha acción maligna no es visualizada tan solo en un plano personal, sino también, y sobre todo, como la enunció en la referida conmemoración en la iglesia del Gesu en Roma, el

27 de septiembre pasado, en una perspectiva principalmente escatológica: “*También la barca de Pedro puede ser sacudida hoy. La noche y el poder de las tinieblas están siempre cerca*”.

Así exactamente lo consideraba León XIII cuando compuso e instituyó al final de la misa esa conocida oración a San Miguel Arcángel (“defiéndenos en los combates, se nuestro amparo contra la maldad y acechanzas del demonio”), que algunos mayores recordarán. Tenemos aquí, una vez más, la mediáticamente ignorada continuidad en el magisterio y en la pastoral.

Puesto este embate contra las fuerzas del mal en la perspectiva del Concilio -o de la antropología teológica que desarrolló San Juan Pablo II y que se plasma en su primera encíclica *Redemptor hominis*- vemos al Papa Francisco referirse con fuerza a la amenaza que sufre hoy el hombre, cuyo misterio sagrado sólo se nos revela a la luz del Verbo encarnado (RH, 1).

¿En cuales términos se expresa esta inquietud?: “La crisis que estamos viviendo –cito al Papa Francisco-- no es una crisis cultural, es una crisis del hombre: lo que está en crisis es el hombre y lo que puede ser destruido es el hombre. *¡Pero el hombre es imagen de Dios!* – exclama. Por eso es [ésta] una crisis tan profunda”¹. Y agrega: “Dado que es una crisis que destruye al hombre, es una crisis que despoja al hombre de la ética” y con esto cualquier cosa es posible.² Recientemente, en julio pasado, hablando a un Seminario Internacional realizado en la Casina Pio IV, advirtiendo acerca de la *cultura del descarte*, que ha convertido al ser humano en una herramienta del sistema, afectando a niños, jóvenes y ancianos, dijo: “*Creo que este sea el momento más fuerte del reduccionismo antropológico*”.³

Dicho *reduccionismo antropológico más fuerte* se visualiza muy principalmente, por cierto, en los problemas que vive en todas partes la institución de la familia. Lo expresa el Papa Francisco en su Exhortación Apostólica *La alegría del Evangelio*: “La familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula

¹ Diálogo con preguntas en el Aula Pablo VI (Alfa y Omega, Madrid)

² Ibidem.

³ ACI/EWTN 14.VII.14

básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros y donde los padres transmiten la fe a sus hijos. El matrimonio tiende a ser visto como una mera forma de gratificación afectiva que puede constituirse de cualquier manera y modificarse de acuerdo con la sensibilidad de cada uno. Pero el aporte indispensable del matrimonio a la sociedad supera el nivel de la emotividad y el de las necesidades circunstanciales de la pareja. Como enseñan los Obispos franceses, no procede «del sentimiento amoroso, efímero por definición, sino de la profundidad del compromiso asumido por los esposos que aceptan entrar en una unión de vida total». (EG, n°66) Profundamente sintomático de este estado de cosas es la debilidad que acusa, hoy como nunca, el derecho a la vida. Señala: “Entre esos débiles, que la Iglesia quiere cuidar con predilección, están también los niños por nacer, que son los más indefensos e inocentes de todos, a quienes hoy se les quiere negar su dignidad humana en orden a hacer con ellos lo que se quiera, quitándoles la vida y promoviendo legislaciones para que nadie pueda impedirlo.[...] “Esta defensa de la vida por nacer está íntimamente ligada a la defensa de cualquier derecho humano. Supone la convicción de que un ser humano es siempre sagrado e inviolable, en cualquier situación y en cada etapa de su desarrollo.” (EG, n°213)

Sería, en este punto, una seria omisión no empalmar con esta sustancial percepción de la realidad que vivimos, su constante conciencia del martirio –“*hay más mártires hoy que en los primeros siglos*”, ha repetido el Papa en varias ocasiones-- junto con la invitación a sacar fuerza espiritual de ese holocausto material y espiritual.

Esperanza, memoria y periferias

Pero, ni la crisis moral en su estado de “reduccionismo antropológico más fuerte”, ni la matanza de inocentes y la tabula rasa en materia de derechos humanos que significan el aborto y la eutanasia, ni los miles de mártires, ni la perceptible acción del espíritu de las tinieblas, ahogan, como es bien visible, esa alegría del Evangelio que el actual Papa, con la ayuda del Espíritu, ha impulsado como clima general y sustancial de la reforma. Reforma que,

como ha explicado él mismo, no es una novedad que haya traído desde Buenos Aires debajo del brazo en un portafolio, sino que es un proceso delicado, por la suma atención que demanda, que fuera pedido en la Congregación de los cardenales, previa al conclave que lo eligió, y que en último término tiene que ver con la plena aplicación del Concilio Vaticano II que desarrollaron a lo largo de las pasadas décadas los papas Pablo VI (que será beatificado este domingo 19 de octubre), San Juan Pablo II y Benedicto XVI.

Consideremos, a este propósito y en esta línea, algunos énfasis del proceso que impulsa el Papa Francisco, auscultando, hasta donde resulte posible, las razones de estos mismos.

Un texto suyo, no muy largo, que nos da una clave muy iluminadora en esta perspectiva –lo definió él como un resumen de todo su magisterio a la cabeza de la arquidiócesis de Buenos Aires--, lo encontramos, con el título de BUSCAR EL CAMINO HACIA EL FUTURO, LLEVANDO CONSIGO LA MEMORIA DE LAS RAÍCES, en el número 47 de Revista Humanitas (año 2007), reproducido nuevamente en Humanitas n° 70 (abril 2013), como homenaje al recién elegido pontífice (se encuentra en Internet: www.humanitas.cl, yendo a los respectivos números, 47 ó 70 de Humanitas):

“Somos parte de una sociedad fragmentada que ha cortado sus lazos comunitarios”, es el diagnóstico que formula el Arzobispo Jorge Mario Bergoglio, un año después de la Conferencia de Aparecida cuyo Documento redactara, y seis años antes de ser elegido Papa. No ha variado en lo que dice, al contrario, lo clarifica con nuevos ejemplos y lo profundiza constantemente. “Esta realidad se debe a un déficit de MEMORIA” –continúa Jorge Bergoglio- “concebida como la potencia integradora de nuestra historia, y a un déficit de tradición, concebida como la riqueza del camino andado por nuestros mayores. Esto implica la ruptura y la discontinuidad de un diálogo intergeneracional sobre las inquietudes y preguntas que unen al pasado con el presente y a este con el futuro. Esta discontinuidad de la experiencia generacional prohija toda una gama de abismos y rupturas: entre la sociedad y la clase dirigente, entre las instituciones y las expectativas personales”.

PREGUNTEMONOS en este punto, cuanto esta “discontinuidad” que “prohija toda una gama de abismos y rupturas”, también en relación a las “expectativas personales”, no está en la raíz de la incertidumbre que vivimos, aquí y ahora, en el no saber nadie muy claramente hacia donde se va o se debe tomar rumbo.

No por acaso ha dicho en más de una ocasión nuestro pontífice, que más que *una época de cambios*, lo que estamos viviendo es *un cambio de época*. Los signos son muchos.

Hay una ORFANDAD en el hombre de nuestro tiempo, principalmente en el que habita las grandes ciudades -lo subrayaba desde su sede el arzobispo Jorge Mario Bergoglio- que se traduce en una “dimensión de desarraigo espacial, existencial y espiritual. Se ha roto la relación entre el hombre y su espacio vital, fruto de la actual dinámica de fragmentación y segmentación de los grupos humanos. Se pierde la dimensión identitaria del hombre con su entorno, su terruño, su comunidad”. Y ejemplificando con LA CIUDAD, advierte que ésta va “poblándose de no-lugares, espacios vacíos sometidos exclusivamente a lógicas instrumentales, privados de símbolos y referencias que aporten a la construcción de identidades comunitarias” (cfr. Humanitas n° 70). Son luego de notar, muy especialmente – por su belleza y por la continuidad en su pensamiento- los puntos tan importantes que dedica en la Exhort. Ap. *Evangelii gaudium* a LA CIUDAD (n° 71 a 75), donde observa que “necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles y en sus plazas”.

Ahora bien, ante esta atmosfera cultural dominante, de la que podrían prolongarse muchos ejemplos, ¿qué camino seguir?

Cuando es el HOMBRE -el único ser de la creación amable por sí mismo, imagen y semejanza del Creador- el que peligra en la ORFANDAD del desvanecimiento del ligamen social, de la no memoria, de la exposición constante al “descarte” que sin más le puede

provocar “este sistema que se nos ha instalado y que nos hace tanto daño” (*Rio de Janeiro, JMJ, Palabras a los jóvenes argentinos en la Catedral*), ¿hacia dónde y cómo andar? Cuando LAS PERIFERIAS son visibles no sólo en los barrios marginales o en las noches frías de las grandes ciudades -¡y cuanto, hay que decirlo, el prestar atención y ayuda a esas realidades es una iniciativa sanadora, de valor muy singular para el drama antropológico del hombre contemporáneo!- cuando no es solo allí, en los márgenes físicos de las urbes que vemos las PERIFERIAS, sino en el corazón del vecino, y de casi todo hombre, comenzando por el nuestro, ¿qué pensar y qué hacer?

Sin pretender abordar siquiera mínimamente el capítulo de las soluciones –que se ve el Papa resume y radica esencialmente en el corazón de cada uno-- prestemos atención a ciertas importante recomendaciones que señala al exhortarnos a vivir en la ALEGRÍA DEL EVANGELIO.

Así, por ejemplo, el 13 de febrero de este año, dirigiéndose a la plenaria de la Congregación para la Educación católica, el Santo Padre señaló: “Los profundos cambios que han llevado a la siempre más amplia difusión de una sociedad multicultural, piden, a cuantos operan en el sector escolar y universitario, a comprometerse en itinerarios educativos de confrontación y de diálogo, con una fidelidad valiente y creativa, que sepa llevar a encontrarse a la identidad católica con las diversas *almas* de la sociedad multicultural”.

El tema que se esboza aquí es de inmensa amplitud, mas, por de pronto, digamos que ocupa en él un lugar central la conciencia de una sociedad civil que cambia velozmente, que está expuesta a sucesivas transformaciones en todos los campos, cambios que inciden en sus muchas “almas” de la sociedad actual, esto es, que conforman un marco de pluralismo cultural y religioso. Sólida en su propia identidad, la Iglesia está llamada a caminar al paso de esta evolución del espíritu humano y de las estructuras de la sociedad, afirma, sabiendo hacer uso del diálogo como instrumento de interpretación, de crítica y de discusión. Resuena, sin duda, en ese discurso a la Congregación para la Educación católica el llamado del Concilio a través de la Constitución *Gaudium et spes* (n° 92), que el Papa repropone continuando el magisterio de sus inmediatos predecesores.

La filosofía, las ciencias humanas, la teología han sido pródigas, contemporáneamente, en mostrar que la persona humana se caracteriza por un innato deseo de comunicación y de comunión con los otros. Parece claro que el hombre madura y llega a ser persona adulta desarrollando su capacidad de convivir, de asociarse, de colaborar con los otros. Esto por una parte. Por otra, la Iglesia tiene perfecta conciencia que la nuestra no es una época que admita guerras de religión, y que incluso, en la sociedad pluralista, no es siquiera muy aceptable o bien recibida la confrontación frontal en el plano de las ideas.

Podría quizá verse, a partir de esta constatación, una recomendación de tipo estratégico en orden al diálogo. Admitiéndolo, sería sin embargo el lado extrínseco de la cuestión.

Para comprender, entre tanto, el lado intrínseco de la invitación al diálogo que propone el Papa Francisco, debe entenderse la asimilación que nos hace entre actitud evangélica y diálogo, como algo que está en el ADN de la Iglesia, pues toma su modelo en Cristo mismo. Por ello debe responder principalísimamente –sin excluir por esto su proyección institucional– a una moción interior, no “programática” o de facción, por decirlo así. Lo expresa el Santo Padre con estas palabras: *“El autor principal, el sujeto histórico de este proceso, es la gente y su cultura, no es una clase, una fracción, un grupo, una élite. No necesitamos un proyecto de unos pocos para unos pocos, o una minoría ilustrada o testimonial que se apropie de un sentimiento colectivo. Se trata de un acuerdo para vivir juntos, de un pacto social y cultural”*. (EG, 239)

Para el Papa están clarísimas las dificultades a las que se enfrenta esta invitación. Es, primero, *“una difusa indiferencia relativista, relacionada con el desencanto y la crisis de las ideologías que se provocó como reacción contra todo lo que parezca totalitario”*. Es también *“una cultura, en la cual cada uno quiere ser el portador de una verdad propia y subjetiva, que dificulta a los ciudadanos desear integrar un proyecto común más allá de los deseos y beneficios personales”*. Por su parte, añade, *“en la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia”*. (EG, 61-62)

El “vacío dejado por el racionalismo secularista” ha sido rápidamente sustituido por el fundamentalismo, mientras que “*el proceso de secularización tiende a reducir la fe de la Iglesia al ámbito privado*” y, creciendo el relativismo, crece con él “*una desorientación generalizada, especialmente en la fase de la adolescencia y de la juventud, más vulnerable a los cambios*”. (EG, 63-64)

Vistas y tratadas las dificultades que enfrenta el diálogo, la *Evangelii gaudium* ofrece indicaciones prácticas sobre el modo de establecer y llevar a cabo un diálogo auténtico y provechoso. “*Un diálogo es mucho más que la comunicación de una verdad. Se realiza por el gusto de hablar y por el bien concreto que se comunica entre los que se aman por medio de las palabras. Es un bien que no consiste en cosas, sino en las personas mismas que mutuamente se dan en el diálogo*” (EG, 142). Bella definición, esta, que trata en cierto modo, diría yo interpretando lo que leemos, de recuperar para el hombre tan maltratado de la *Polis* moderna, la antigua sabiduría que enseñaron los fundadores de la *Polis* griega.

Pero no sólo eso, sino que recuperar también, y sobre todo, la sabiduría de los siglos cristianos, que siguen al Imperio romano, cuyo verdadero fundamento antropológico encontramos en la primera palabra de la Regla de San Benito, en el siglo VI: ESCUCHA.

Más concretamente: “*Necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír, dice. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. [...] Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento*”. (EG, 171) Dicho encuentro espiritual, propio del genuino diálogo, requiere asimismo de “un cierto sentido de la lentitud y de la calma”⁴, del ser “*remansado*”, expresión que el Papa Francisco recoge de la literatura argentina.

⁴ Mensaje a las 48^o Jornada Mundial de las Comunicaciones

Es necesario, sintetizando esta idea, recuperar la capacidad de escucha, que supone también un silencio interior, siendo a su vez, ese silencio interior, lo contrario de la “conciencia aislada” (el falso paraíso del subjetivismo, digamos) que provoca y que refuerza el no-encuentro.

¿Y cómo salvamos de ese aislamiento? Salvamos de ese aislamiento -una enseñanza característica de Jorge Bergoglio- por la identidad y el “sentido de pertenencia”, que van siempre juntos. Pues el sentido de pertenencia es casi lo mismo que decir identidad: es pertenencia al pueblo en medio del cual se nace y vive. Para nosotros, bautizados, también la patria y nuestra familia, pero sobre todo el Cuerpo de Cristo.

El realismo “fenomenológico”, por decir así, de esta invitación al diálogo - como ESCUCHA y silencio interior- es un impulso a recuperar las más profundas esencias de la cultura cristiana verdadera, cuya contrafigura, se ve aquí muy claro, es ese racionalismo dogmático, que radica en el subjetivismo de la “conciencia aislada”, es decir, en las antípodas, muy muy lejos del “sentido de pertenencia”. Aunque incluso, muchas veces, esa “conciencia aislada” se revista de un ropaje cristiano, como en la “fascinación gnóstica” o en el fenómeno del “habrequeísmo”, que nada tienen que ver con el “sentido de pertenencia”, y que con tanta transparencia y realismo de lenguaje son descritos en las páginas de la Exhort. Ap. *Evangelii gaudium* (nº93 y 96).

El pensamiento del Papa Francisco es una luz que informa todo el texto de la *Evangelii gaudium* y lo preserva, en el raciocinio y en la expresión literaria, de cualquier forma de abstraccionismo. Su elaboración conceptual sirve a todo momento para comprender y conducir la realidad. Cuando no se sigue más la realidad y la mente se independiza de ella – como en los ejemplos referidos- nacen los nominalismos y los idealismos, los fundamentalismos anti-históricos y los intelectualismos a la moda. Hay diálogo en serio cuando los interlocutores, más que en elaborar ideas, se ocupan de mantener una fundamental adhesión a la realidad, que es superior a la idea. “Es peligroso vivir en el reino de la sola

palabra, de la imagen, del sofisma”. Existe diálogo cuando se logra establecer “una tensión bipolar entre la idea y la realidad”. (EG, 231)⁵

No obstante la concepción que el Papa expresa del diálogo excluye todo compromiso en el campo de la doctrina revelada, no han faltado los que han levantado un dedo acusador hablando de una concesión al *Zeitgeist* (al espíritu del tiempo), denunciando cierto relativismo y contraponiendo al actual Pontífice con su antecesor, Benedicto XVI. Sobre el particular vale la pena quizá recordar que en la (*cuadragésimo séptima*) 47° JM Comunicaciones, celebradas en 2013, el mismo Papa emérito animó a los católicos a algo muy parecido, impulsando a la disponibilidad con los otros, en orden a “participar pacientemente y con respeto en sus preguntas y en sus dudas, en el camino de búsqueda de la verdad y del sentido de la existencia humana”.

Concluyendo...

Muchos y variados son los desafíos que presenta este tiempo incierto que parece anunciarnos, como se dijo, más que una época de cambios, un *cambio de época*. Se requiere atención y buena voluntad para no dejarse vapulear por tanta información que se cruza, no siempre limpia y desinteresada, a fin de aprehender los códigos con que el Papa Francisco –en perfecta continuidad con la tradición, el Concilio Vaticano II, el magisterio de sus antecesores, lo subrayo una vez más– quiere ayudar al pueblo de Dios en esta compleja travesía.

⁵ “Existe también una tensión bipolar entre la idea y la realidad. La realidad simplemente es, la idea se elabora. Entre las dos se debe instaurar un diálogo constante, evitando que la idea termine separándose de la realidad. Es peligroso vivir en el reino de la sola palabra, de la imagen, del sofisma. De ahí que haya que postular un tercer principio: la realidad es superior a la idea. Esto supone evitar diversas formas de ocultar la realidad: los purismos angélicos, los totalitarismos de lo relativo, los nominalismos declaracionistas, los proyectos más formales que reales, los fundamentalismos ahistóricos, los eticismos sin bondad, los intelectualismos sin sabiduría” (EG, 231).

De todo lo dicho, fijemos la atención especialmente en aquello de la identidad y sentido de pertenencia a quien estamos incorporados. Y leamos con cuidado, para ayudar a nuestro entendimiento y a nuestra voluntad a seguir bien los pasos de esta andadura, el n° 68 de la Exhort. Ap. *Evangelii gaudium* donde dice: “Sería *desconfiar de la acción libre y generosa* [del Espíritu Santo] *pensar que no hay auténticos valores cristianos donde una gran parte de la población ha recibido el Bautismo (...). No conviene ignorar la tremenda importancia que tiene una cultura marcada por la fe, porque esa cultura evangelizada, más allá de sus límites, tiene muchos más recursos que una suma de creyentes frente a los embates del secularismo actual*”.

Esto vale, como realidad viva, para todo pueblo de substrato cristiano, y lo vale de modo particular para nuestros pueblos latinoamericanos, definidos según Puebla por ese preciso substrato, que impregna muy especialmente su cultura popular⁶.

Es lo que hace fuerte y verosímil estas afirmaciones tuyas, formuladas con antelación a su elección como sucesor de Pedro: “En las próximas dos décadas América latina se jugará el protagonismo en las grandes batallas que se perfilan en el siglo XXI y su lugar en el nuevo orden mundial en ciernes (...). El destino de los pueblos latinoamericanos y el destino de la catolicidad están íntimamente vinculados”.⁷

⁶ “La singularidad católica latinoamericana arraiga en su evangelización constituyente, se manifiesta aún hoy en los muy altos porcentajes de bautizados, es tradición viva de sus pueblos, alimenta su sabiduría ante la vida, permea toda la realidad”. BERGOGLIO, Jorge Mario: Prólogo en *Una apuesta por América latina. Memoria y destino históricos de un continente*, por Guzmán Carriquiry (Sudamericana, Buenos Aires, 2005)

⁷ Ibidem.